

mi ministerio un sacerdocio y mis obras una predicacion. Mi palabra muestra y revela á Dios, centro de toda belleza, así como otras lo revelan y lo predicán como centro de toda verdad y de toda santidad. Y haciendo brillar en obras maestras esta faz, la mas atractiva del infinito, atraigo hácia esta belleza todo lo que está sujeto á su imperio, y digo mostrándola de lejos: ¡Subid á ella y abrazadla; porque vuestra alma está hecha para este eterno himeneo, cuyo presentimiento me da sobre la tierra una fruicion anticipada del cielo, y cuya revelacion tengo en el fondo de mi propio génio! . . .

En efecto, Señores, el génio mismo del arte, con los instintos que le son propios, es aquí para nosotros la segunda revelacion de la funcion del arte y de la vocacion de los artistas.

## II.

Hasta aquí, para conocer la verdadera funcion del artista, no hemos considerado mas que el arte en sí mismo; y acabais de ver que el arte, por sus exigencias mas elementales, convida al artista á la sublime mision de *eleva*r á los hombres, elevando juntamente con sus miradas y sus amores todos los movimientos de su vida. Ahora, Señores, entremos en el génio del arte; penetremos con respeto en este santuario íntimo, en que el alma grande de un artista recibe sus revelaciones y sus inspiraciones, y vereis cómo lo que el arte nos grita ya tan alto por su naturaleza: *¡sursum corda!*, el verdadero génio del arte nos lo grita mucho mas alto. Nos lo grita con estas tres voces que no forman sino una sola, con la voz de sus aspiraciones indispensables, con la voz de sus inevitables sufrimientos y con la voz de sus invencibles necesidades; es decir, con todas las voces que salen del fondo mismo del génio del arte para proclamar su vocacion.

¿Qué significa el génio del arte? Significa las predisposiciones naturales que predestinan un artista á la creacion de obras maestras. Las aspiraciones, las necesidades, los sufrimientos mismos están en relacion providencial con las vocaciones que Dios forma; designan la funcion, atestiguan el destino. Y vais á ver cómo tambien el génio del arte lleva en estas tres cosas la señal auténtica y régia de su vocacion, *eleva*r la humanidad. Pongo aquí por testigos á los hombres verdaderamente predestinados, por don del Cielo, al ministerio del arte, al menos á aquellos que tienen de ello un sentimiento profundo; y me atrevo á esperar que ni uno solo desmentirá, por su *verbo interior*, esa palabra que va á proclamar por fuera lo que experimenta por dentro.

Ante todas cosas, Señores, hay una disposicion innata que caracteriza eminentemente el instinto artístico y el verdadero génio del arte: es la aspiracion necesaria, no solo hácia lo que hay mas grande y mas bello en la naturaleza y en la humanidad, sino la aspiracion hácia lo que está *mas allá* de la naturaleza y de la humanidad. Mostrad á un artista la cosa mas bella de la naturaleza, encuentra que no es bastante bella. Mostradle la mas bella obra maestra del arte; encuentra que no es bastante bella: aspira *mas allá*. Así como el viajero llegado á las mas altas cimas de las mas elevadas montañas quisiera subir aun mas alto, y sumerge su mirada aun no satisfecha en las profundidades azuladas que parecen huir en lo vago del infinito, así el génio del arte, llegado á las cumbres mas espléndidas de la belleza natural y de la belleza artística, busca en el firmamento de la belleza y en el cielo profundo de su propio pensamiento estrellas mas brillantes, y mas encantadoras visiones. Su facultad de aspirar no se sacia jamás; dice sin cesar: "Aun mas alto y aun mas lejos, aun mas lejos en el campo de la perfeccion; aun mas alto en

las regiones del ideal." Así como Xavier exclamaba en un sueño de ambición apostólica, *amplius, amplius*; aun mas reinos que conquistar, aun mas almas que salvar, el artista exclama en su insaciable ambición del *mas allá*: "Aun mas perfección que realizar, aun mas belleza que hacer resplandecer." Para el filósofo no hay jamás bastante verdad; para el santo no hay jamás bastante santidad; para el artista no hay jamás bastante belleza. Hay artistas, bien lo sé, que tropiezan en la realidad y allí pretenden detenerse. Veremos lo que se debe pensar acerca de esta grande heregía artística, que arrebató al arte su corona, humilla al génio y derriba la estatua de la belleza. Pero por ahora afirmo que lo que hacen al tropezar con los límites de lo real, no lo hacen como artistas. En el génio descarriado hay dos seres que no componen mas que uno; el artista y el hombre: hay el hombre con sus instintos bajos, sus sistemas estrechos, sus preocupaciones miserables, y aun quizá con sus costumbres depravadas y sus hábitos perversos; y este hombre, convengo en ello, puede detenerse allí. Pero el artista, si es verdaderamente artista, salta las barreras de la realidad, rompe las paredes de esta oscura prision, y lleva en sus aspiraciones verdaderamente ascensionales la señal irrecusable de su verdadero destino.

Un hombre de nuestros tiempos, hablando con cierta pompa de esta grandeza del arte, no ha temido escribir y estampar estas palabras: "Cuando por la vez primera se descubre la vida real, y penetrando en su estructura, se comprende el mecanismo admirable de sus partes, esta contemplación basta, no se desea *nada mas allá*." Por el honor del arte y la gloria de los artistas, ó mas bien dicho, por el honor y la gloria de la humanidad, elevo desde lo alto de esta cátedra mi protesta solemne contra semejantes doctrinas: no hay aquí un hombre verdaderamente

dotado del génio artístico que, en el fondo de su alma, no proteste conmigo contra una afirmación que miente á la vez á la naturaleza, al génio y al destino del arte. Señores, yo apelo aquí á la mejor parte de vosotros mismos, á esa parte de nuestra vida mas noble y mas régia, y os conjuro á que me respondais. ¿Es verdad que cuando habeis comprendido todo el mecanismo admirable de la vida real, y habeis querido pintarla ó esculpirla en una obra inmortal, es verdad que esta contemplación os basta, y que vuestro génio, llegado á las Columnas de Hércules de su ambición satisfecha, no pide ya nada *mas allá*?... ¡Oh, nó! decís, esto no es verdad; y todos en este momento con el testimonio de nuestras almas hambrientas de infinito, protestamos contra esas teorías degradantes que dicen al génio del arte procurando contenerlo en la frontera de la realidad: "No irás mas allá." ¡Oh, nó! El verdadero génio no se deja encerrar así en la prision que se procura construirle: escucha con supremo desden esas doctrinas de abatimiento antipáticas á sus invencibles aspiraciones; cubre con un desprecio soberano esas teorías rastreras que pretenden quitarle sus alas y abatir su vuelo, y lanzándose por encima de todas esas barreras que groseros sistemas alzan delante de sus arranques ilimitados y sus eminentes ambiciones, dice desplegando sus alas y mirando al cielo: "¡Mas allá, aun mas allá, siempre mas allá!" Y con esta tendencia verdaderamente indestructible porque es de su misma naturaleza, el grande artista se siente llamado á subir él mismo y á arrebatarse consigo la humanidad que va tras él, hácia las cumbres mas elevadas: porque aspira á la perfección infinita, á la belleza infinita, al esplendor infinito, nos llama consigo á las profundidades del infinito.

Hay en el fondo del génio artístico otra disposición que revela su destino; es una especie de tedio,

y no sé qué sentimiento de su destierro que experimenta en el seno de la realidad, lejos de la belleza que entrevé y busca. No sé ya quién fué el primero que profirió esa frase que se ha hecho célebre: "No hay gran génio sin melancolía: *non est magnum ingenium sine melancholia.*" Esto es verdad, sobre todo del génio artístico. Hay una melancolía miserable que se consume á sí misma en pesares egoistas y tristezas estériles; pero hay la gran melancolía que es la señal y el privilegio del génio. El génio siente y lleva consigo los abismos del vacío, y en este vacío muchas veces el *tédio indefinible*. Lo hemos notado ya: todo lo que ve y todo lo que hace le parecen terriblemente apartado de la belleza que entrevé, que lloraría por ello á veces con lloro inexplicable. Tiene una vista de la perfeccion y de la belleza que le hace sentir cruelmente en todo lo que toca la imperfeccion y la fealdad de la realidad; y esta distancia, medida por su profunda mirada, entre la belleza que percibe y la realidad que toca, hace pasar sobre su frente esa régia melancolía que es quizá lo mas bello que hay que ver en el rostro del verdadero grande hombre. De igual manera ¡cosa asombrosa y sin embargo verdadera! en donde el vulgo muchas veces no halla sino placer, él siente tristeza; es que en lugar de encontrar allí lo que puede saciarlo, halla en el fondo mismo de sus goces lo que un jóven prematuramente arrebatado por la muerte llamaba con tanta exactitud *una deliciosa fuente de tormentos*. "El brillo de una tarde, la calma de un paisaje, una brisa de primavera, la pureza divina de una frente de vírgen, un verso, un canto, todo esto le da el gozo de sentir lo que es bello: pero ¡cuál lo llena tambien de sufrimientos (1)!" ¡Ah! Es que, en efecto, para las naturalezas privilegiadas todo esto

(1) Tonnelé.

no es mas que un relámpago, un vislumbre de esa belleza cuya imagen adorada llevan impresa, y cuya realidad incapaz de alcanzarse siempre se esconde y se escapa.

Tal es aquí abajo la situacion de los amantes apasionados del invisible ideal. Detenidos, como el comun de los hombres, en la superficie de la tierra, en la cautividad de la carne y la servidumbre de los sentidos; lejos, muy lejos de esas regiones adonde el génio aspira á elevarse, padecen al pié de la letra, el *mal de patria*. Ven desde lejos su verdadera patria, y tienen en el corazon la nostalgia del desterrado; desterrados como están, en efecto, cual sobre una playa extranjera, semejantes á los hijos de Israel, divisan en los remotos horizontes su Jerusalem tan brillante y tan bella, resplandeciente con los fulgores de su ideal, suelo natal de su génio. Al ver su tristeza tan despegada de las cosas terrenas, diríais que han caido de su cielo en este valle oscuro. Como esos expatriados de que habla el poeta, no se consuelan de su destierro, sino es reproduciendo en las obras de sus manos alguna cosa de esos esplendores que divisan á través de las sombras del valle, sobre esas alturas iluminadas adonde, á su pesar, vuela su pensamiento para contemplar el sol de la patria. De esta manera el génio del artista abriga, en estas bajas regiones en que habita nuestra vida, el sentimiento del desterrado. Así tambien su esfuerzo supremo es disminuir la distancia que lo separa de su suelo natal; es remontarse, á fuerza de ímpetus generosos y de trabajo pertinaz, hácia esta verdadera patria de las almas, donde la belleza en su esplendor infinito convida á gozar de la dicha de su propia contemplacion á lo mas escogido de la humanidad.

¡Ay del artista que no siente nada de este mal de la patria ausente; que fija en lo real y lo vulgar su habitacion favorita y se complace en ella cual en u-

na patria! ¡Ah! Ese no es verdadero artista; si acaso tiene el talento, le es desconocida la vocacion. En lugar de subir y de elevarnos consigo, bajará y arrastrará con él una humanidad descendiente; en lugar de emprender, tomando una direccion de lo bajo á lo alto, su vuelo ascensional hácia ese cielo de la belleza adonde tenía la mision de arrebatar las almas, se arrastrará por la tierra, corriendo en las mas bajas regiones, guiado por vislumbres engañosos, tras las formas de lo trivial y los espectros de la fealdad; y volviéndose contra su propio objeto, conspirando contra su propia grandeza, hará descender, en vez de *elevarla*, esta humanidad cómplice de sus caidas y sus decadencias.

Al contrario, si el génio del arte es fiel á sí mismo, si conserva ese noble sentimiento que lo caracteriza, si siente al contacto de la realidad esa melancolía del ideal ausente, buscará, trabajando por remontarse hácia él, consolaciones generosas; y dará á la humanidad que lo mira y lo aplaude, impulsos sublimes. Desarrollará en sí mismo y en los demás todas las tendencias que nos acercan al cielo y á Dios; sobre todo, suscitará y engrandecerá dentro de sí y en torno de sí esta necesidad de noble estirpe, que nos eleva naturalmente hácia todo lo que es sublime, quiero decir, la necesidad de admirar: tercera disposicion natural que conduce á lo alto al verdadero génio del arte.

En efecto, Señores, juntamente con la necesidad de aspirar y de gemir que acabamos de ver en el fondo del génio del arte, existe otra necesidad, una noble y generosa necesidad, que le imprime, lo mismo que á la humanidad entera, un verdadero movimiento de ascension: es la necesidad de admirar. Admirar fuera de sí, con un sentimiento desinteresado, todo lo que lleva la señal de la belleza, y provocar en los demás, por medio de obras brillantes, una ad-

miracion semejante á la que uno mismo experimenta: hé aquí lo que eleva el alma de los artistas, y con ella la grande alma del pueblo, enamorado y ennoblecido á la par por el encanto de la verdadera belleza. La admiracion de lo bello que resplandece en las obras maestras del arte no es únicamente la señal de las almas grandes, es una excitacion á la grandeza, es una impulsión hácia todas las cosas sublimes. El amor de lo bello es un amor vasto, profundo, sublime; se apodera de las almas mas bellas y mas nobles, las invade por sus lados mas elevados; por su absoluto desinterés tiene algo de celeste. La admiracion, no la admiracion de mando ó asalariada, sino la admiracion de instinto y espontánea, tiene de particular el ser un sentimiento esencialmente generoso porque es absolutamente desinteresado. Hace mas de dos mil años que la humanidad pasa, admirándolas, delante de ciertas creaciones del génio, sin buscar en ellas otro interés propio que el placer mismo de admirarlas. El egoismo no entra para nada en una admiracion sincera, y todo lo que está libre de egoismo, es noble, elevado, grandioso. Hé aquí porqué la admiracion tiene el poder de engrandecer y de elevar consigo misma las almas que visita sobre la tierra este sentimiento, que tiene no sé qué de celestial. Acepto como absolutamente verdadera esta graciosa fórmula de un autor contemporáneo (1): "La admiracion es el sol de las almas." En efecto, como el sol, la admiracion alumbra; como el sol, la admiracion calienta; como el sol, la admiracion vivifica; como el sol, la admiracion fecunda, engrandece y eleva al mismo tiempo. Así como el sol hace subir, atrayéndolas, las flores que se vuelven hácia él, así la admiracion hace subir hácia la belleza las almas que admiran. La belleza perfecta, dejándose ú-

(1) Lévêque: *nos con sus tendencias sublimas y sus nobles*

nicamente entrever aun en una obra imperfecta, invita á subir á ella: eleva al admirador hácia la perfeccion del objeto admirado. ¿Qué digo? En esa hora ardiente y fecunda, en que el hombre sufre en su plenitud el dulce y noble imperio de la admiracion, esta lo iguala, en cierto sentido, al génio que se la inspira, y se ha dicho con soberana razon: *admirar es igualar*.

Ved luego aun al hombre vulgar, pero sin embargo bastante grande para no estar privado de la gloria de admirar; miradlo en el momento en que se halla bajo el hechizo de una cosa grande y bella que admira. ¡Ved cuál centellean sus ojos: cuál alumbrá su rostro una llama ardiente, y cuál su fisonomía descubre á su alma toda entera! Este hombre parece transfigurado: diríais, al verlo, que no tiene mas que tocar su frente, abrir sus labios ó extender la mano, para realizar un milagro de génio comparable al que admira. ¡Tan grande es el poder de la admiracion para engrandecer las almas, y darles con el arrebatamiento de un gozo sublime y desinteresado, un aumento de vida, de fuerza y de fecundidad! Hé aquí lo que acaba de mostrar en el génio del arte la mision de *elegar*: el génio del arte es la facultad de admirar y de hacer admirar; y es propio de la admiracion elevar á la altura del que la produce, y hacerse mas ó menos á la imagen de la belleza y de la grandeza que se admira. Así, pues, ¡oh artistas! á vosotros que habeis recibido el don de arrebatá la admiracion, con el encanto de la belleza que resplandece en vuestras obras, á vosotros toca henchirnos de afectos de admiracion por la celeste belleza, y al par que nuestra admiracion, arrebatá nuestras almas hácia el cielo.

Tales son, Señores, los tres instintos que descubro en el verdadero génio del arte y que, revelándosenos con sus tendencias sublimes y sus ambiciones ge-

nerosas, nos revelan en él la vocacion de engrandecernos y de elevarnos. En presencia de estos arranques naturales y estas invencibles ascensiones del génio artístico, que nos dejan ver en él una de las mas poderosas palancas de que quiere servirse la Providencia para levantar de abajo arriba nuestras generaciones humanas, tan prontas á las caídas y á las decadencias, me pregunto con horror lo que debo pensar de las teorías y de las prácticas artísticas, que tienden á precipitar el arte sobre todo lo que es ínfimo, vulgar, grosero, sensual, material, real y nada mas que real; que quisieran detenerlo allí, fijarlo allí, y en nombre de una ciencia nueva, prohibirle que mire mas léjos y ponga mas alto la mira. En verdad que me veo obligado á responder: esto no tiene mas que un nombre en nuestro idioma; esto no es solamente abdicar la vocacion y hacer traicion á la humanidad; es la profanacion del arte y la prostitucion del génio.

Decidme, los que estais marcados con el sello del génio y brillais con su resplandor, ¡oh! decidme, ¿por qué lo habeis recibido del Cielo? ¿Por qué habeis nacido de la raza de las águilas, sino es para ir á contemplar el sol? ¿Y para qué vais á contemplarlo sino es para traernos su luz y hacer recaer sus rayos sobre nosotros? ¿Por qué ha encerrado Dios en vuestro seno, como la mejor parte de vuestro génio, un corazon rico de amor, capaz de los afectos mas celestiales y de las aspiraciones mas santas, sino es para inflamar nuestros corazones juntamente con los vuestros, con los mas puros y mas castos amores? ¿Y por qué hay en la destreza y habilidad de vuestra mano de artista, esa facultad casi divina de crear la belleza ideal, que es el encanto sagrado de vuestra inteligencia y de vuestro corazon, sino es para elevarnos con vosotros hácia todo lo que hay mas sublime, man san-